

chemos de Mourad-Bey; hace un mes que disponemos la escena que se desarrolla esta noche, y escribimos á los Gerentes de varios Clubs, rogándoles que por interés suyo hicieran una pequeña marca de los billetes de Banco que cambia por las fichas al pagador; ¿se ha seguido en esta casa nuestro deseo?

—Sí, señor, —dijo el Gerente de la casa;— todos los billetes de mil francos que han salido de mis manos, llevan una pequeña marca especial que los hace reconocer fácilmente.

—Pues, señores, puesto que Su Excelencia ha sido tan amable que nos ha mostrado lo que llevaba en el bolsillo, yo le ruego que nos confíe un instante su cartera; en ella llevará billetes de Banco y entre ellos quizás nuestro Gerente reconocerá los suyos.

Mourad, instado por unos y por otros, tuvo que arrojar su cartera sobre la mesa, y en ella se reconocieron los billetes indicados por el Gerente.

—Pues bien, señores, —repuso Jorge paseando sobre los presentes una mirada victoriosa, —si Su Excelencia no juega nunca, ¿por qué lleva en su cartera billetes que han salido de la casa de juego? Por que le han sido entregados por sus Agentes, por sus asociados, por los que representan su infame explotación.

Todos acudieron á estrechar la mano de Jorge, á felicitarle por aquel acto de valor, y al mismo tiempo se disentió el partido que debían tomar con Mourad. ¿Le expulsarían sin castigo? ¿le denunciarían? El Presidente del Club y varios socios, entre ellos el señor X..., fueron de opinión de evitar el escándalo, y dejar salir al moro, sin más castigo que el desprecio de todos.

Dos filas se abrieron para darle paso, y Mourad se alejó, grave, lento, acariciando su bigote, paseando en torno suyo su adormecida mirada.

Quando hubo desaparecido, se hizo el reparto de la suma ganada por Bussine, y cuando acabaron, dijo el abogado Lafleur:

—Prosigamos la partida. ¿Quién talla?

—Se subasta la banca, —dijo el Gerente.

El Club recobraba su vida habitual.

VI

Mourad, entretanto, envuelto en su abrigo de pieles, con el cigarro en la boca, salió al boulevard y avanzaba lentamente hacia la *Magdalena*.

¿Adónde iba? Lo ignoraba; no se lo preguntaba siquiera. Estaba anonadado por el golpe que acababa de recibir.

Sin embargo, aquel golpe terrible que le robaba á la vez su posición, su fortuna; que le cubría de vergüenza, no le era tan sensible como podía creerse; su fanatismo oriental le sostenía, como le había sostenido en la época de su caída ministerial y del robo de sus joyas.

—¡Dios lo quiere! —decía aquel pagano, que cuando podía servirle, se transformaba en creyente;— se ha perdido esta partida, jugaremos otra.

Bien merecía el dictado del *Rey de los Griegos* aquel que, sin haber tocado nunca una carta, había jugado toda su vida el gran juego, el de combinaciones audaces, el de las grandes estafas, siendo más jugador que todos sus súbditos.

Pero antes de comenzar de nuevo la lucha, de discurrir una nueva jugada, era preciso liquidar la última, porque cuando el escándalo que aca-

baba de producirse fuera conocido en Paris, ¿qué resolución tomarían en los otros Clubs? ¿se contentarían también con expulsarle? ¿no adoptarían otras medidas más serias contra él?

Ocurrióle la idea natural de ir á comunicárselo todo á Sivasti, y consultar con él.

Al pasar por la plaza de la Opera, dirigiéndose á tomar un coche de alquiler que había parado en la puerta de un Club, el cochero á quien se dirigió, le reconoció al punto, porque ciertos cocheros de Paris cifran su vanidad en conocer á todos los hombres que brillan en la sociedad.

Cuando Mourad iba á abrir la puertezuela, el cochero se apresuró á exclamar:

— ¡Está ocupado, Excelencia! Le acabo de alquilar; he tomado viaje para Montmartre, calle de Gabriela, á buscar á una señora para conducirla á Passy, calle de Ranelagh, número 32.

Estas palabras, estas señas, llamaron la atención de Mourad.

— ¿Calle de Gabriela, en Montmartre?... ¿Qué número?

— Catorce: si Su Excelencia va á ese lado, puedo conducirla.

Eran las señas de la casa de Susana.

— ¿Quién os ha encargado tan larga carrera?— preguntó al cochero.

— Un joven bien portado, que tiene acento inglés.

— ¿Saldría del Club, sin duda?

— No, Excelencia; le conozco porque tengo la cochera en Passy, y él vive desde hace algún tiempo en la Avenida Ranelagh, 32. Muchas veces viene en mi coche al centro de Paris, y como ya me conoce, me ha buscado para este servicio especial.

Mourad comprendió que el joven era Lionel Murdon: al salir de casa de Fatmah, que vivía

también en la Avenida Ranelagh, había apercibido la vispera, delante de una casa con jardín, al joven inglés.

Su buena estrella reaparecía en el horizonte, pues le entregaba los secretos de la mujer amada: á su juicio, el desdén con que á él le trataba, era porque había entregado su corazón al joven inglés, que debía ser su amante, y dedujo, que Susana pasaba los días en Montmartre, y las noches en la Avenida Ranelagh.

Haciendo estos cálculos, Mourad concibió el proyecto de aprovechar el secreto que acababa de sorprender.

El cochero, después de mirar su reloj, se disponía á subir al pescante, cuando Mourad le detuvo, diciéndole:

— ¿Habrán tenido que pagaros muy caro ese largo viaje?

— Nada más que un luis; Excelencia; verdad es que, una vez en Passy, como estoy en mi casa, desengacho, y me acuesto.

— Con un luis en el bolsillo, y las propinas del día; si yo añadiera veinte y cinco luises...

— ¡Veinticinco luises!— dijo el cochero, cuyos ojos brillaron de codicia;— ¿qué debo hacer para ganarlos? Si para ello hay necesidad de faltar á la palabra empeñada...

— Por el contrario, no se trata de que faltéis á vuestro compromiso; haréis lo que os han mandado. Iréis á buscar á esa señora á Montmartre, y la conduciréis á la calle de Ranelagh; sólo que, en lugar de deteneros en el 32, entraréis en el patio del 48; las dos casas se parecen, y es muy fácil una equivocación.

— Y por mi *error*,— dijo el cochero, con malicia,— tendré los veinticinco luises?

— Vendréis á buscarlos mañana á mi hotel; ya le conocéis.

— ¡Pardiez! calle del Circo. He conducido muchas veces á Su Excelencia.

— ¿Estamos con venidos?

— Convenidos, y me apresuro, porque el tiempo pasa, — dijo el cochero subiendo al pescante; — pero decidme, ¿y si mi cliente se apercibiera de mi... *error*, y me diese orden de conducirle al 32?

— Obedeceréis; pero si no recibís tal orden, partiréis en cuanto vuestro cliente haya descendido del coche, sin volver atrás, aunque oigáis que os llama.

— Perfectamente, Excelencia; mi joven inglés no tendrá por qué quejarse; voy á seguir al pie de la letra sus instrucciones. Sólo se trata de una pequeña confusión entre dos números, y ya no estoy seguro si me ha dicho el 32 ó el 48.

— No lo dudo, y para que no olvidéis ya este último número, aquí tenéis cinco luises.

— ¿A cuenta de los veinticinco, Excelencia?

— No, además.

El cochero tomó los cinco luises, los guardó y partió al gran trote de su caballo.

Apenas desapareció, Mourad se dirigió á otro coche y se hizo conducir á la calle Ranelagh, 48.

Media hora le bastó para esta carrera directa, y aún debía tardar lo menos cuarenta minutos en llegar Susana, tiempo necesario á Mourad para sus preparativos de recepción.

Había olvidado su visita á Sivasti, para consagrarse á su venganza. ¡Qué alegría, vengarse á la vez de los desdenes de la hija y de los insultos del padre!... ¡Qué revancha tan inaudita! Insulto por insulto, deshonor por deshonor... Al día siguiente Paris, al saber su venganza, sabría también la de su acusador, porque no dudaba de su buena estrella. Susana de Bussine iba á caer en el lazo que la tendía, y creyendo entrar en la casa de Lionel Murdon, entraba en la suya...

¿Quién podría oír sus gritos en aquel asilo impenetrable, construído por el modelo de las casas orientales, cuyas habitaciones reciben la luz por patios interiores?

Cuando la puerta se cerrase tras de ella, ¿quién descubriría el lugar de su retiro? ¿El cochero que le había conducido? Se guardaría bien de confesar su error voluntario. ¿Sus criados? En aquella casa no había más que dos, un negro y una negra, antiguos esclavos que había hecho ir de Túnez, y hablaban sólo la lengua de su país.

¿Cualquiera hubiera podido creer que aguardaba la visita de Susana, según había montado su casa!

Peró Fatmah habitaba en ella; Fatmah, que aguardaba en aquel momento á Mourad... ¿le dejaría recibir á una rival en su propia casa? Era preciso: no estaba por contemplar á una esclava, y si era preciso, mandaría y sería obedecido.

Bajó del coche, y mandó al cochero aguardar á una señora que iba á llevar á Paris, no dudando que Fatmah le dejaría la casa y se trasladaría por un instante á la suya.

Mandó al negro que salió á su encuentro dejase la verja abierta hasta el momento que llegara un segundo carruaje, y después que partiera, cerrara la puerta, y no viese ni oyese.

Dadas estas órdenes, se reunió á Fatmah en el salón donde le aguardaba de ordinario.

Mientras Fatmah, sorprendida en su somnolencia, tendida en sus almohadones, se levantaba lentamente, Mourad se dirigió á ella, y le dijo:

— Vengo á pedirte un favor.

— Habla.

Con acento breve, como quien se apresura á vencer dificultades previstas, exclamó:

— Necesito hallarme solo algunas horas en esta casa. Un carruaje te aguarda en la puerta, y te

llevará á mi casa de la calle del Circo, á donde yo iré á buscarte en breve.

—¿Vas á recibir á alguien aquí?

—Sí.

—¿A quién?

—A Sivasti, con quien tengo que hablar un secreto.

—Creí que no lo veías.

—Le he encontrado esta tarde y le he dado cita para esta noche aquí.

—Pues bien, no tengo necesidad de dejar la casa; me retiraré á mi cuarto, y os dejaré solos para la entrevista.

—No, imposible: haz lo que te pido.

—Entonces no es á Sivasti á quien aguardas, es á una mujer.

Mourad entonces respondió con su cinismo habitual:

—Y bien, aunque así fuese...

Fatmah se estremeció, y con voz lenta, tranquila, sin dejar su actitud indolente, exclamó:

—Siendo así, te diré que no tienes derecho para traer á esta casa á una de tus queridas.

—¿Qué distinción haces de esta casa y la que habitabas en Túnez? ¿No estabas en el *harén* rodeada de cien rivales y no te quejabas?

—Es que ya no vivo en Túnez, vivo en Francia, conozco las costumbres del nuevo país que habito y me conviene respetarlas: porque no querrás tratarme aquí como allí.

—Bien sabes, — dijo Mourad, tratando de dominar su impaciencia, — que te miro, como deseas, que te he dejado soberana de esta casa; pero hoy la necesito: déjame.

—No lo esperes; no trato de servir á tus nuevos amores.

—¡No es cuestión de amor, sino de venganza! — exclamó con ronco acento. — Esta noche he

sido insultado, he recibido un golpe terrible que compromete mi existencia y la tuya... La casualidad me permite devolver insulto por insulto... ¡Vete, te lo suplico!

—¿Quién te ha insultado?

—El señor de Bussine.

—¿Y quieres vengarte de él? ¡No sé por qué! Ya te has vengado de antemano. Obedeciendo tus órdenes, le he hecho sufrir cuanto he podido: no discutía, era tu esclava, me creía amada por tí... Pero cuando he adivinado, cuando he sabido que tu objeto era otro, que no tenías más deseos que el de separarle de su hija, el de aislar á esa joven para seducirla...

Y de repente, como si una idea le ocurriese, añadió:

—¿Es á ella quizás á quien aguardas?

Mourad no respondió.

—Sí, á ella es, no lo dudo, ¡no te tomarías tanto trabajo por otra!... Pues bien, no la recibirás, no permitiré...

Entonces, en su estado de exaltación, justificado por los sucesos de aquella noche, por la dificultad que se le oponía en aquel momento, Mourad perdió toda compostura, y adelantándose á Fatmah y mirándola con fijeza, dijo:

—¡Mira lo que haces! ¡Eres una esclava! No lo olvides: te he comprado, para que me obedezcas, y te castigaré si no lo haces.

Los ojos de Fatmah se iluminaron con mirada de fiera pronta á acometer... Su nariz pareció dilatarse, y por entre sus labios abiertos, con irónica sonrisa, dejó ver dos filas de dientes apretados... Pero al mismo tiempo su cuerpo se inclinaba como obedeciendo á las órdenes de Mourad.

El la miraba fijamente, y Fatmah pareció vencida por aquella mirada: su expresión cambió, y en lugar de indignarse, se acercó tímidamente

á Mourad, y rodeándole el cuello con sus brazos, como hacía en el *harén* cuando trataba de darla una rival, murmuró con dulzura:

—¿Encuentras á esa joven más hermosa que á mí? ¿La amas tanto?...

Y como él guardase silencio, añadió:

—A pesar de mi pena, no seré esclava rebelde, no faltaré á las leyes de mi país. Está escrito en nuestros libros, que el sitio de la mujer está á los pies de su marido, ó, lo que es lo mismo, que en todo le debe obediencia: yo acepto esta ley y obedezco.

Y al abrazarle por última vez, Mourad no pudo contener su estremecimiento.

—¿Que tienes?—le preguntó.

—Me has pinchado en el cuello.

—Alguno de los alfileres de mi peinado; perdóname,—dijo sin volverse, mientras Mourad, que había creído oír el ruido de un carruaje, prestaba atención.

*
**

A fin de septiembre de aquel año, el Tribunal de Sena y Marne, había condenado á muerte á Clopied, por asesinato de su compañero Sagot, y ordenado que la ejecución fuese en una de las plazas públicas de Melun.

El seis de diciembre, á las cinco de la tarde, el señor Petithomme, que había pasado el día en arreglar cuentas del taller de cestería, se reunió un momento á Luciano Lecomte, siempre encargado de la bomba.

—¿Sólo?—preguntó al acercarse á él.

—Sí, mi compañero está en la enfermería, y no le han reemplazado.

Entonces Cornelio, dijo al oído de Luciano:

—Decidido, para mañana.

—¡Ah!—dijo Luciano estremeciéndose.

Después serenándose, preguntó:

—¿Por qué mañana?

—Ejecución del Maestro de escuela, siete mañana;—dijo Petithomme, siempre económico de palabras.—Aprovechad movimiento que habrá en la cárcel.

—¿Qué movimiento va á producir la ejecución?

—Detenidos, escoltados de Vigilantes, asisten; vigilancia de la ronda, nula; gente toda reunida en su punto, nadie aquí. Este es el momento.

—¿Olvidáis que me harán asistir como á los otros detenidos?

—Obtendréis Director permiso para no asistir á tan triste espectáculo; haced valer vuestra intervención en tan triste suceso; recuerdo impresionará al Director y otorgará demanda.

—¿Y aprovecharé su benevolencia para escaparme y comprometerle? Intentaré la evasión, pero sin solicitar favor ninguno; si en medio de la emoción general se olvidan de mí, que es muy posible, en este apartado lugar, aprovecharé la ocasión; si mi ausencia es notada y vienen á buscarme, lo dejaré para más adelante. ¿Se ha variado algo en el plan?

—Nada.

—Llegado al patio y á la punta de la isla, ¿cómo salvar la verja?

—Aplicaréis contra ella el tablón, que estorbando en la tintorería, le he hecho llevar á ese sitio.

—¿Y después?

—Embarcación ligera conducida por el joven, de que os he hablado... Subid á la barca y dejad hacer.

—¿No teméis que alguien se fije en esa embarcación?

—No: todos los curiosos de Melun estarán al

lado opuesto, para ver la ejecución; brazo del Sena desierto, todo calculado.

—Y vos, mi buen amigo, ¿qué será de vos entretanto? Ya sabéis nuestras condiciones; me habéis jurado no comprometeros.

—Cumpliré mi promesa; partiré esta noche á Paris; nadie me verá mañana en Melun.

—¿Y vuestra esposa?

—Pasará el día conmigo, en nuestro antiguo alojamiento, calle de Caumartin.

—Entonces, está bien; contad conmigo. Os juro hacer todo cuanto esté de mi parte para que vuestros sacrificios y los de todos cuantos me aman no sean perdidos.

—Bien: corro á llevar la nueva á Susana.

—Abrazadla por mí; decidla que espere.

—¡Ah! ¡si no esperase hace tiempo!... ¡Valor!

—No es valor lo que me falta. Un corazón valiente como el vuestro me le daría en todo caso. Dejadme estrechar vuestra mano.

—Tomadla, — dijo Petithomme tendiéndole la derecha y llevando la izquierda á enjugar sus ojos.

Difundióse en breve por la casa el rumor de que la ejecución del Maestro de escuela tendría lugar al día siguiente, y que los detenidos asistirían á ella. Reinó toda la noche gran agitación en los dormitorios, y Luciano no se quejó, porque la vispera de una tentativa de evasión, ningún prisionero duerme. Un momento solo que se quedó somnoliento, creyó ver á su lado á Susana, á su querida hija, que le abrazaba, y á su hermano, que acababa de borrar sus antiguas faltas con una buena acción, y le tendía también los brazos... ¿No era esto un presagio feliz?

El siete de diciembre, el mismo día que hemos visto terminar con el desastre de Mourad-Bey, empezó lúgubre para la localidad de Melun.

Desde las cinco de la mañana, en medio de la espesa niebla que envolvía al Sena y sus riberas, un destacamento del 113 de Línea, un escuadrón de húsares y una brigada de Guardias fueron á ocupar el puente de Melun, el barrio de la Courtille, y penetraron en el primer patio de la Casa Central.

Pocos instantes después, el carro que conducía los utensilios del cadalso apareció, y se detuvo en la plaza que hay delante de la puerta principal de la cárcel. Era el sitio elegido para la ejecución, y como quería el Tribunal, iba á tener lugar en una plaza pública, al mismo tiempo que á la vista de los presidiarios, en los que no podía menos de producir impresión tan terrible escarmiento.

El ejecutor de la Justicia y sus ayudantes empezaron á montar la guillotina. La luz rojiza de los faroles que tenían en las manos, las espesas nieblas que los envolvía, los martillazos que resonaban, despertaron á la ciudad dormida, dando á esta escena un aspecto lúgubre.

Mientras pasaba esto en la parte exterior, en el interior de la cárcel las campanas hacían levantar á los detenidos, que descendían á sus talleres, donde según la orden del Director, aguardarían el momento de la ejecución. El espectáculo á que iban á asistir, les daba cierta inquietud; y á pesar del reglamento; cambiaban entre sí algunas reflexiones los Vigilantes, conmovidos también á la idea de la escena que se preparaba, no pensando en imponer silencio.

—Y bien, — dijo un detenido á un compañero de la cestería, — ya llegó el momento: en breve se levantará el telón... primera y única representación... confieso, que me gustaría más cualquiera otro espectáculo.

—No te quejes; el Maestro de escuela es el

único que tiene derecho á eso; yo no quisiera estar en su lugar. En este momento entrarán en su celda para decirle que ha llegado el momento fatal... No estoy en su caso, y penetra el frío en mis huesos.

En otra parte del mismo taller, hablaban del Notario Brazier.

—¿Qué es lo que hace? ¿qué dice?— preguntaba uno.

—Miradle allí, comiéndose su ración de pan, como si nada de esto le importase.

—Ya sabes, que para castigarle, por haber sido causa de lo que hoy sucede, será conducido hasta el pie del cadalso.

—¡Tiene suerte! Estará en el sitio de honor.

—Hijos míos,— dijo otro presidiario viejo,— no os asustéis por tan poco: yo asistí el 5 de enero á la ejecución de Corcinesco, que murió en las mismas condiciones y por la misma causa que el Maestro de escuela, y no me hizo efecto. Esto proporciona distracción; ¡la vida es aquí tan monótona!

Luciano Lecomte oía la mayor parte de estas conversaciones. De ordinario, al bajar del dormitorio, se dirigía hacia la bomba, que tenía la obligación de servir, pero encontró más prudente no alejarse hasta que pasaran lista.

Si llamaban y no respondía, le buscarían y tendría que seguir á sus compañeros.

A las seis y media pasaron lista; después, por orden del Vigilante jefe, porque el Director tenía que ir en persona á la celda del sentenciado, todos los penados salieron de los talleres y se ordenaban en las galerías en dos filas. Los Vigilantes los acompañaban con el uniforme de gala.

Anunciados con anticipación por el ruido de sus zapatos, desembocaban en el patio primero y se ordenaron delante de las tropas de línea, que

estaban con el arma al brazo y el fusil cargado.

Sesenta detenidos pertenecientes al dormitorio donde se había cometido el crimen, ocupan un sitio enfrente de la guillotina.

El ex Notario Brazier se encontraba entre ellos, en primera fila... ¡justo era hacerle los honores!

A las siete menos minutos, las campanas de la Casa Central empezaron á dar tañidos fúnebres, y en breve el sentenciado apareció; el Confesor y el Director de la Casa caminaban á su lado, el Verdugo iba detrás...

Clopid pasó por medio de sus compañeros sin mirarlos, sin verlos quizás... Estaba lívido, vacilante, hasta el punto de ir sostenido por dos Vigilantes.

Cuando llegaron cerca de la guillotina, en el silencio de la plaza se oyeron estas palabras:

—¡La rodilla en tierra!

Y todos los prisioneros se arrodillaron, mientras las campanas doblaron á muerto.

Después, el sentenciado subió los escalones del cadalso, más llevado que conducido, y un momento después... cayó su cabeza... La terrible expiación se había cumplido.

Vigilantes y presidiarios volvieron á la prisión silenciosos, abatidos por lo que acababan de presenciar. Se pasó de nuevo lista... Al nombre de Lecomte, nadie respondió. El Vigilante supuso que Lecomte, ignorante de la nueva lista, se habría dirigido á su puesto obligatorio, pero en breve recordó que aquel penado no asistió á la ejecución. ¿Había hecho el Director alguna excepción en favor suyo? Imposible, le hubieran prevenido.

Antes de dar cuenta de esta falta, creyó deber avisar al culpable, y pasó á la habitación donde estaba instalada la bomba... que no funciona, porque no había nadie que le diera impulso.

Llamó... Nadie respondía... Entonces entró en el taller de cestería, y dió cuenta al Vigilante Jefe de que el penado Lecomte había desaparecido.

Pocos momentos despues, el Inspector y el Vigilante Jefe se trasladaron á este sitio de la Casa, y no advirtieron nada de particular; sila evasión había sido por allí, no había dejado rastro alguno. ¿Cómo salvar el elevado muro que separa el sitio donde estaba la bomba del camino de ronda? y si lograba salvar este muro, ¿cómo salvar el segundo, paralelo al primero?

—Para evadirse por aquí, hubiera necesitado alas, — dijo el Director.

—Un puente colgado bastaría, — dijo el Vigilante Jefe que examinaba escrupulosamente el sitio.

—Por fortuna, los puentes colgados no se improvisan, — repitió el Director.

—Temo, por el contrario, que hay uno colgado por nosotros. Ved los alambres que, partiendo del tejado, atraviesan el camino de ronda; vedlos torcidos, violentados, como para formar unó solo. Lo que indica que han tenido que soportar un peso considerable.

—Decís bien; ¿pero cómo ha podido llegar hasta los alambres?

—Nada más fácil. Cuando se ha construido la techumbre de la cárcel, se ha pensado en los obreros que tendrían que repararle, y se han puesto escalones de pizarra en el tejado; vedlos.

—Sí, veo que nosotros hemos dado los medios de evasión. ¿Pero y los centinelas, cómo no han visto al fugitivo?

—¿Olvidáis que la Autoridad economiza de día los centinelas?

—¿Y el Vigilante?

—Como todo el mundo asistió á la ejecución,

nadie estaba en su puesto, y con ello contaba.

—Entonces no hay duda, la evasión ha tenido lugar á las siete y media: aún no son las nueve, demos parte á la Autoridad.

—Eso es lo que pienso; pero visitemos antes el patio en donde ha tenido que descender el fugitivo, porque desde él los alambres parten en distintas direcciones; allí recogeremos, sin duda, datos que poder comunicar.

Se hizo abrir la puerta del camino de ronda, le atravesaron, franquearon otra puerta que daba acceso al patio en cuestión, y allí pudieron comprender la fuga tal como había debido verificarse.

Pocos instantes después, el Director volvía á su despacho y extendía telegramas para la Prefectura de Policía de Melun, aunque al cumplir con su conciencia, decía para sí:

—¡Pobre Lecomte! Me alegraré de que no le encuentren: es la única evasión que no sentiré.

Hasta este día en que la evasión del penado le iba á costar serios disgustos, el Director le manifestaba sus simpatías. Es verdad que el Director de un penal no queda tan comprometido por la evasión de un preso, como á primera vista parece: la verdadera responsabilidad es del Vigilante que está cerca del detenido, y esta vez la responsabilidad no era grande, porque el Vigilante había estado separado de su puesto, y las circunstancias de la casa habían sido excepcionales.

Luciano, no había, pues, comprometido á nadie formalmente, al dejar aquella casa en que había estado en reclusión cuatro años. Pero, ¿á dónde iba á dirigirse, cuando los Guardias recorrían ya la ciudad, vigilaban la estación, y los despachos telegráficos daban ya las señas de su persona á todas las estaciones de la línea de Paris á Lió?

VII

Después de la primera lista, aprovechando el momento en que los presos salían de la casa para presenciar la ejecución, Luciano se deslizó hasta el patio en que estaba la bomba, subió al cobertizo, y desde allí inspeccionó el camino de ronda y la isla. Viendo que ni los centinelas, ni los Vigilantes estaban en sus puestos, se apresuró á subir al tejado y abarcar con las manos los hilos telegráficos, suspendiéndose de ellos, para salvar el camino de ronda, y llegar al último patio. Un instante creyó que iban á ceder á su peso, y su emoción fue tan grande, que temió perder el sentido.

Pero como los hilos telegráficos tienen tanta elasticidad, que ceden y no se rompen, de este modo pudo llegar hasta el poste, y por él descender.

En cuanto se encontró allí, buscó el madero de que le había hablado Petithomme, le apoyó contra el muro, se lanzó por aquel plano inclinado, y al llegar á la cima no hizo más que dejarse caer.

En el mismo instante, entre la niebla que cubría la ribera, un hombre corrió á él, le arrastró hacia el Sena, le hizo saltar á una barca, y le dijo:

—Ahora, señor, tendéos en el fondo, y no respiréis.

Luciano obedeció. Lionel Murdon, que era el que manejaba la barca, tomó los remos, y pronto estuvieron en el centro del río.

Manejaba los remos con regularidad, con buen método, sin profundizar mucho en el agua, y sin embargo su ligera embarcación arrastrada por la corriente, parecía volar por el agua. En breve pasaron el puente y las últimas casas de Melun. La niebla aumentaba á medida que se alejaban de la ciudad, y parecía imposible desde la orilla divisar la barca fugitiva.

—Caballero, — dijo entonces Lionel, sin dejar de remar, — es preciso que os mudéis de traje. Bajo la banqueta encontraréis todo lo necesario; haced con el vuestro un lío, atadle con esa cuerda á cuyo extremo tiene una piedra, y echadlo al agua.

—Gracias, lo haré así.

Y mientras la barca se deslizaba rápida por el Sena, Luciano, entre la niebla que le envolvía como un velo, dejó la infame librea que vestía hacia cuatro años...

Sentado en el fondo de la barca, con la cabeza erguida, la frente altiva y la sonrisa en los labios, miraba delante de sí; y en los instantes en que la niebla se disipaba, aparecían envueltas en blancos vapores las riberas vecinas, sembradas de pueblecillos encantadores.

Antes de llegar al puente de Corbeil, una gran barca, tripulada por muchos hombres, se destacó en la ribera y avanzó hasta ellos, como si quisiera cerrarles el paso.

Luciano Lecomte se creyó perdido. Un despacho telegráfico había prevenido sin duda á la Autoridad de Corbeil, y los Agentes de Policía vigilaban el río; pero como Lionel, que había experimentado el mismo temor, se dirigiese á un lado para aprovechar la ligereza de su lancha, uno de los remeros de la otra barca, les gritó:

—Tomad el arco del medio; una canoa acaba de irse á pique por aquel lado, y os estrellaréis.

No solamente aquellos marinos no les querían causar daño, sino que les prevenían contra cualquier accidente.

Siguieron el consejo, y ya confiados, continuaron bajando la corriente.

De repente, Lionel soltó los remos dentro de la barca, y dejándola conducir por la corriente, se acercó á Luciano Lecomte y le dijo:

—Caballero, me llamo Lionel Murdon, tengo el honor de conocer á vuestra sobrina, que ha debido hablaros de mí. ¿Queréis darme vuestra mano para que la estreche?

Luciano, sin responder, abrió los brazos, y aquellos dos hombres que no se habían visto jamás, se estrecharon con efusión.

Cuando se repusieron los dos de su emoción, Lecomte dijo á Lionel.

—No sé si llegaremos al puerto; de todos modos, yo os quedo agradecido de los esfuerzos que habéis hecho para conducirme á él.

—No tenéis que darme gracias, caballero. Es una dicha para mí, poder prestar algún auxilio al hombre más honrado que conozco, al que se sacrificó por ella, soportando tan largo martirio.

—¿Os ha dicho?...

—Todo, señor, —dijo Lionel con voz firme.

Y con acento ligeramente conmovido, añadió:

—¡Nos amamos!

Después de estas palabras, ambos guardaron silencio. El joven volvió á tomar los remos, y Luciano parecía impresionado por las palabras que había oído, aunque seducido ya por el que las había pronunciado.

—¿Nos dirigimos á París? —preguntó después de una pausa.

—Sí, señor; en las grandes ciudades se oculta uno mejor. Además, de este modo, Susana os verá más pronto.

—¿La abrazaré hoy? —preguntó con emoción.

—Todo hace creer que sí. Está convencida de que á nuestra llegada la enviaré un carruaje que la conducirá á la calle de Ranelagh, 32, en Passy, á una casa que he alquilado últimamente, y donde me haréis el honor de vivir conmigo algún tiempo.

—Veo que pensáis en todo: ¿pero quién acompañará á Susana á esa casa?

—Nadie. Hemos decidido no comunicar á nadie nuestros secretos; nadie conoce nuestro plan, más que vuestra sobrina, Petithomme, su mujer y yo.

—¿Y no creéis que Susana es demasiado joven para atravesar París de noche, bajo la confianza de un cochero? ¿No hubiera sido mejor que hubiera ido á esa casa desde por la mañana, y yo tendría el placer de abrazarla en cuanto llegara?

—Esta era mi opinión; pero para que mi casa ofrezca condiciones de seguridad, es preciso que no esté habitada más que por mí, y Susana no quiere entrar en ella, hasta que estuviérais vos. He debido respetar sus escrúpulos.

*
**

A las cinco de la tarde la niebla se extendió más densa, y apenas nuestros viajeros podían darse cuenta de su posición exacta; sólo de vez en cuando, algunas luces rojizas, indicaban la proximidad de una aldea.

Esta obscuridad, que protegía su fuga, tenía también sus peligros, porque su barca podía tropezar con otra embarcación ó con alguna balsa de madera de las que se mandan á París aprovechando la corriente. Así, pues, avanzaba con

lentitud, tratando de penetrar en la obscuridad, y silenciosos, para apercibir el menor ruido.

—¡Si os ocurriera algún accidente por causa mía! —dijo Luciano.

—¿Qué importa? Los accidentes están en el programa. ¿Dónde estaría el mérito si no corriese algún peligro?

—Sea; pero yo tendría un remordimiento eterno: debemos encontrarnos ahora entre Choisy-le-Roi y Vitry; ¿por qué no ganar la orilla y dirigimos á pie á París?

—Porque nos detendría la Policía en las puertas, y eso *no está en el programa*.

—Con este traje no llamo la atención, y además, si las puertas os inspiran cuidados, podríamos tomar el ferrocarril y en breves momentos el tren nos dejaría en París.

—Eso sería más imprudente aún, y además en ello desobedecería á vuestra sobrina. En nuestro plan, lo primero que se ha convenido, es evitar los ferrocarriles, porque es lo que utilizan casi todos los fugitivos. De seguro tienen ya noticias de vuestra fuga en todas las estaciones de la línea, y aunque habéis cambiado de vestido, no habéis cambiado de rostro.

—Es verdad.

—Advertid, que sólo un vapor podía ya darnos alcaide, y la Policía no los tiene á mano; los Agentes tienen que montar en los barcos públicos, y el servicio en este lado de la costa es muy irregular... ¡Oh! nos hemos informado bien, y todo nos favorece.

—Vuestros cálculos son excelentes. Convento en que caminar por el río es lo más seguro, pero es lo más largo, y me hace sufrir la idea de que mi pobre Susana ignora si he salido aún de la prisión.

—No lo duda. Sabía que la evasión había de

tener lugar á una hora fija, y si no hubiérais venido á reuniros conmigo, abandonando yo mi barquilla hubiera tomado el primer tren, y á estas horas vuestra sobrina sabría ya el fracaso de nuestra empresa; no puede ya temer más que los accidentes del viaje, lo imprevisto.

—¡Ah, qué día pasará la pobre niña!

—¡Día tanto más triste, —añadió Lionel,— cuanto que Susana está sola!

Luciano no se había atrevido hasta entonces á preguntar por su hermano, y como la ocasión se le ofrecía, no pudo menos de decir:

—¿No está su padre al lado de Susana?

—No lo creo; no estaba en el complot. Sin embargo,—se apresuró á añadir, viendo la tristeza que se pintaba en el rostro de Luciano:—El señor de Bussine pensaba por su parte hace algún tiempo en vuestra fuga, pero quería comprar á vuestros guardianes, y vos no hubierais consentido en este medio; hemos preferido obrar sin avisarle.

Por fin, creyó reconocer á lo lejos, y entre la niebla, las primeras luces de París. Pero después, sordos rumores llegaron hasta ellos, como si París les enviase desde lejos su agitado aliento.

Algunos instantes después los faroles de gas de la entrada del puente iluminaron el camino que seguía la embarcación, exigiéndoles en cambio gran prudencia.

Caminaban envueltos en la niebla y sin faro, encontrándose ya á la altura del puente Real. Después de hacer á Luciano varias advertencias, Lionel abandonó el centro del río, cortó la corriente y se dirigió hacia la fragata escuela. Enseguida, con la ayuda de un garfio, se acercó á otras embarcaciones sujetas por cables, y seguido de Luciano, saltando de barca en barca, salvó la orilla.

Acababan los dos de subir las escaleras que conducían al muelle, cuando fueron interpelados por dos Vigilantes colocados en lo alto de la escalera.

—¿De dónde venís?—les preguntaron.

—De dar un paseo por el río,—dijo Lionel Murdon, con un acento marcado inglés, que exajeraba á propósito.

—¿Un paseo en barca á las once de la noche, en el mes de diciembre, y con esta horrible niebla?

—Pues bien, es que me he perdido,—dijo Lionel riendo,—pero no nos ha sucedido accidente ninguno; hemos tenido frío, y así es que tenemos prisa por llegar á casa.

—¿Dónde vivís?

—En el Gran Hotel. Después de almorzar mi compañero y yo, hemos tenido el capricho de llegar por el Sena hasta Vitry, sin pensar que nos sorprendería una niebla tan densa. ¿Podrías indicarnos una estación de carruajes.

—Ahí tenéis una.

—Gracias.

Y Lionel tomó el brazo de Luciano, como si acabara de hablar con curiosos y no con Agentes de la Policía. Su serenidad les había salvado.

—Son caprichosos estos ingleses,—decía uno de los Agentes de Policía á su compañero, siguiendo con la vista á nuestros dos hombres.

—Todos son iguales. No irán á dar un paseo en un día bueno, y se van por el río en un día de niebla.

—Están en su derecho: nosotros nada tenemos que ver con ellos.

—No, pero es sospechoso ver salir así, del Sena, en noche semejante á dos individuos. Si hubieran tenido mala facha, los conduzcó al puesto de Vigilancia.

Entretanto Lionel y Luciano tomaban un coche y se hacían conducir al Gran hotel, por si observaban los Agentes de Policía ó les seguían. Llegaron, despidieron el coche, entraron un momento en el hotel, salieron después, dirigiéronse hacia la *Magdalena*, levantando los cuellos de sus paletots, precaución harto natural en una noche tan fría, y cuando ya en buscaban un carruaje, fueron interpelados de esta suerte por un cochero de los que estaban de punto:

—Si váis á Passy, caballeros, estoy á vuestras órdenes.

—¡Calla! ¿sois vos?—dijo Lionel.

Acababa de reconocer al cochero que le había conducido tantas veces desde la calle de Ranelagh á Paris; era el hombre que necesitaba para enviarle á buscar á Susana á Montmartre, y conducirla á Passy. Dejó caer el cuello de su paletot, se hizo reconocer del auriga, y en voz baja le explicó lo que de él quería. Ya sabemos hasta qué punto podía contar con aquel hombre. Mientas Lionel y Luciano se dirigían á la calle Ranelagh en otro coche, el cochero comprometido se detuvo en la plaza de la Opera... Allí le encontró Mourad-Bey, y modificó en un punto muy importante las órdenes de Lionel.

VIII

Susana experimentó todo el día la más viva ansiedad. A las diez de la mañana se puso en la ventana, esperando ver á Lionel llegar de un momento á otro á decirle, que la evasión no había